

RODRIGO COSTOYA

IX
PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
CIUDAD
DE ÚBEDA

EL
CUSTODIO
DE LOS
LIBROS

— Misarela —

Pàmies

RODRIGO COSTOYA

EL
CUSTODIO
DE LOS
LIBROS
— Misarela —



Pàmies

Primera edición: noviembre de 2020

Copyright © 2020 de Rodrigo Costoya Santos

© de esta edición: 2020, ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-18491-22-1

BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: Kisialiou Yury/MVolodymyr/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

PARTE PRIMERA

LOS LIBROS PROHIBIDOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

PARTE SEGUNDA

LUZ DE ESPERANZA

CAPÍTULO 62

CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

CAPÍTULO 67

CAPÍTULO 68

CAPÍTULO 69

CAPÍTULO 70

CAPÍTULO 71

CAPÍTULO 72

CAPÍTULO 73

CAPÍTULO 74

CAPÍTULO 75

CAPÍTULO 76

CAPÍTULO 77

CAPÍTULO 78

CAPÍTULO 79

CAPÍTULO 80

CAPÍTULO 81

CAPÍTULO 82

CAPÍTULO 83

CAPÍTULO 84

CAPÍTULO 85

PARTE TERCERA

FUEGO Y PAPEL

CAPÍTULO 86

CAPÍTULO 87

CAPÍTULO 88

CAPÍTULO 89

CAPÍTULO 90

CAPÍTULO 91

CAPÍTULO 92

CAPÍTULO 93

CAPÍTULO 94

CAPÍTULO 95

CAPÍTULO 96

CAPÍTULO 97

CAPÍTULO 98

CAPÍTULO 99

CAPÍTULO 100

CAPÍTULO 101

CAPÍTULO 102

CAPÍTULO 103

CAPÍTULO 104

CAPÍTULO 105

CAPÍTULO 106

CAPÍTULO 107

CAPÍTULO 108

CAPÍTULO 109

CAPÍTULO 110

CAPÍTULO 111

CAPÍTULO 112

CAPÍTULO 113

PARTE CUARTA

LA FURIA DEL LEÓN

CAPÍTULO 114

CAPÍTULO 115

CAPÍTULO 116

CAPÍTULO 117

CAPÍTULO 118

CAPÍTULO 119

CAPÍTULO 120

CAPÍTULO 121

CAPÍTULO 122

CAPÍTULO 123

CAPÍTULO 124

CAPÍTULO 125

CAPÍTULO 126

CAPÍTULO 127

CAPÍTULO 128

CAPÍTULO 129

CAPÍTULO 130

CAPÍTULO 131

CAPÍTULO 132

CAPÍTULO 133

CAPÍTULO 134

CAPÍTULO 135

CAPÍTULO 136

PARTE QUINTA

SOÑARÉ UN MUNDO NUEVO

CAPÍTULO 137

CAPÍTULO 138

CAPÍTULO 139

CAPÍTULO 140

CAPÍTULO 141

CAPÍTULO 142

CAPÍTULO 143

CAPÍTULO 144

CAPÍTULO 145

CAPÍTULO 146

CAPÍTULO 147

CAPÍTULO 148

CAPÍTULO 149

CAPÍTULO 150

CAPÍTULO 151

CAPÍTULO 152

CAPÍTULO 153

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

A Visi y Manolo, amantes de los libros.

«Dort, wo man Bücher verbrennt,
verbrennt man am Ende auch Menschen».

«Allí donde queman libros,
acabarán por quemar personas».

Heinrich Heine, *Almansur*

PRÓLOGO

Todo comenzó, como tantas historias, con un papa de Roma.

En concreto, el que pasaría a la Historia con el nombre de Pío IV.

El sumo pontífice promulgó en 1551 un documento titulado *Index librorum prohibitorum et expurgatorum*. Lo hizo a petición del concilio ecuménico que en ese momento se estaba celebrando en la ciudad de Trento.

El *Índice* establecía un listado de libros que debían ser censurados, perseguidos e incluso aniquilados. Lo que fuese menester, con tal de que el germen de sus ideas no pudiese florecer jamás.

Contrariamente a lo que pudiéramos creer, no se trataba de obras que promovieran la violencia o la destrucción. Tampoco manuales de magia negra o de culto al diablo. Los libros prohibidos eran textos filosóficos y científicos creados por las mentes más preclaras de cuantas hayan podido existir. Se contaban entre ellas, también, obras de ficción de una calidad artística excepcional.

Con todo, los libros que provocaban una mayor alarma eran aquellos que versaban sobre ética y moral. Sobremanera, los que llevaban a cabo una crítica a la religión tal y como tradicionalmente había sido vista. Por eso fueron incluidas en la lista, paradójicamente, obras de hombres y mujeres beatificados y santificados con posterioridad por la propia Iglesia.

Este no fue el primer listado que tenía como objeto censurar y destruir libros. La monarquía inglesa de Enrique VIII o la conjunción del Imperio germánico con la monarquía hispánica en tiempos de Carlos V, por ejemplo, ya lo habían hecho antes.

También la Inquisición elaboró su propia lista negra.

Nunca los censores persiguieron obras mediocres, ni se preocuparon de autores que no removieran conciencias. Cuanto más excelso fuera el texto en cuestión y más brillante la inteligencia que lo había creado, mayor era el empeño que ponían en tratar de aniquilarlo.

Puede parecer que esta historia es cosa del pasado, pero lo cierto es que el *Index* fue reeditado por el Vaticano en más de treinta ocasiones a lo largo de los siglos. De hecho, la última edición data de 1948.

Ese último listado consta de unos cuatro mil títulos.

Finalmente, en 1966, el papa Pablo VI anunció que no habría más ediciones. La opinión pública dio por cerrado este largo período de barbarie y dogmatismo, pero la verdad es que esa impresión ha resultado ser falsa.

Lo cierto es que la lucha continúa.

A día de hoy el *Index* sigue vigente, sin que la organización que lo promovió haya llegado nunca a retirarlo. Sin que se haya arrepentido, y sin que mucho menos haya pedido perdón, por haberlo publicado.

Sobre los libros que contiene, por tanto, sigue pendiente una condena de muerte. Un ajusticiamiento que nunca fue conmutado.

Por suerte, contra las tinieblas de la ignorancia siempre hubo entre los seres humanos unos pocos héroes que dedicaron su vida a extender la luz.

A luchar contra las tinieblas del odio y de la ignorancia.

Aunque en muchas ocasiones hayan acabado por arder ellos en las mismas hogueras de las que intentaron salvar a los libros prohibidos.

PARTE PRIMERA

LOS LIBROS PROHIBIDOS

1464

*«No te extrañe que las llamas,
como suele suceder,
empiecen a arder precisamente
en las páginas de un libro».*

I

IGLESIA DE SANTIAGO. PUEBLA DEL DEÁN

1464

—*Peccatum mortale!*—exclamó el sacerdote entre las tinieblas.

Solo unos cirios desgarraban la oscuridad en el interior de la iglesia, permitiendo apenas entrever la extraña escena que tenía lugar ante el altar mayor. Un joven que andaría en los veinte años y una muchacha de unos quince, arrodillados, bajaban la cabeza ante un religioso de hablar severo y ademanes enérgicos.

Nada turbaba el silencio del templo en la noche oscura excepto la voz del páter.

—*Ex libidine peccat!*—La indignación del hombre era evidente—. ¡El pecado mortal de la lujuria! ¡Solo les está permitido yacer, y únicamente en la búsqueda de descendencia, a aquellas parejas que han sido casadas ante Dios!

La chiquilla miró al suelo sin poder contener las lágrimas. Aún no había pasado ni un día entero desde que reía feliz, escondida, bajo una barca volcada en el Arenal.

—Por suerte, algunos feligreses honrados de esta villa conocieron vuestra terrible falta. Agradecedles que hayan venido a darme cuenta de ella, como buenos cristianos, procurando así la salvación de vuestra alma. —La indignación del cura iba en aumento.

Los muchachos no se atrevían ni a mirarse.

Desde esa mañana todo había sido ruido y confusión. Hombres de armas habían irrumpido en la playa donde ella remendaba redes y la habían detenido por orden del deán. Aturdida al principio y sin entender el porqué de todo aquello, comprendió todo de pronto en cuanto fue llevada al castillo.

Mingos también estaba allí, preso. Su amor clandestino había sido denunciado ante el señor de la Villa.

—Sé que entendéis, hijos míos, que la gracia divina que me ha sido concedida me permitiría adoptar medidas drásticas ante una situación de esta gravedad. —Los jóvenes se estremecieron. Claro que podría incluso torturarlos, con la excusa de expiar la vergonzosa falta que habían cometido—.

Sin embargo, la infinita compasión que me caracteriza me lleva a buscar una solución menos dolorosa... para todos.

Esa misma tarde, mientras los amantes esperaban temerosos en los calabozos del castillo, sus familias se presentaron ante las puertas de la fortaleza. Venían exigiendo su puesta en libertad. Dos estirpes marineras del Caramiñal que no encontraban reposo desde que sus chicos habían sido encerrados.

—¡No hay derecho! —gritaban, esgrimiendo el puño.

Una voz autoritaria se impuso a la algazara.

—Exigimos la liberación de nuestros hijos —proclamó con rotundidad la abuela de la chiquilla, matriarca de su clan— o iremos en busca de los soldados de la Hermandad.

El deán de la Puebla, preocupado por que estallase una reacción airada y temiendo que las cosas se pudieran descontrolar en su jurisdicción, se vio obligado a cambiar sobre la marcha el plan inicial. La oscura estrategia que había acordado con su cómplice, con el auténtico artífice de todo aquello, había dejado de ser válida.

Salió al paso de las familias. Lo primero era ahogar el conato de revuelta.

—Menos revuelo, señores —improvisó, aparentando calma—. Estos dos jóvenes fueron denunciados por atentar contra la moral y el decoro. Tendrán que velar su pecado esta noche, eso es todo. Mañana celebraré el casamiento al que están obligados, según indica la ley de Dios.

Los familiares abandonaron la fortaleza. La puesta en libertad de los muchachos, según lo acordado, tendría lugar al día siguiente. Habría que conformarse.

Una vez aplacadas las víctimas, sin embargo, el deán aún tuvo que lidiar con la indignación del verdugo.

—No es esto lo que pactamos, Diego —protestó al anochecer el caballero de Junqueras, tras haber escuchado las explicaciones del sacerdote—. Nunca me dijiste que fuese a haber ninguna boda.

—Piénsalo bien, Esteban —le respondió el deán, recostado en su cátedra con cara de hastío. Estaba visiblemente molesto por culpa de un jaleo que consideraba innecesario. Un auténtico lío en el que lo habían involucrado los caprichos del señor del Caramiñal—. Te conviene mucho más esta nueva situación si eres capaz de manejarla. No olvides que fuiste tú mismo quien me insistió que actuara con contundencia ante la conducta pecaminosa de la

muchacha.

Tras una desagradable discusión, el sacerdote se dirigió a la iglesia en plena noche. Allí esperaba ya la pareja, custodiada por los hombres de armas de la Torre de Junqueras.

La oscuridad ya era casi total.

Esteban de Junqueras esperó con impaciencia en el castillo de la Puebla, mascullando contra aquel giro inesperado. La noche acabó de cerrarse sobre la villa marinera. En ese momento, siguiendo lo acordado con su anfitrión, se dirigió discretamente a la puerta lateral del templo.

No lo separaban más que unos pasos de la fortaleza. Desde su escondite, Esteban pudo escuchar cómo Diego despedía al muchacho. Se relamió. Ya faltaba poco. Mingos no tuvo más remedio de abandonar la iglesia por la salida principal. Dos soldados se encargaron de conducirlo.

—Vuelve al calabozo, Domingos. Al amanecer regresarás para casarte con esta mujer mancillada. Tú puedes irte a dormir, pues tu falta no es tan grave como la de ella. Una muchachita tan joven, y ya deshonrada...

El joven salió, aturdido. Tendría que pasar la noche en el calabozo. La perspectiva del casamiento forzoso que tendría lugar al amanecer era un mal menor, pensó. Dubitativo, echó un último vistazo al altar mayor. Allí continuaba arrodillada ella. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Aquello le daba muy mala espina.

Los centinelas, impacientes, le recordaron a base de empujones que no tenía opción.

El joven marinero abandonó la iglesia de Santiago por la fuerza. Iba invadido por un presentimiento negro. Tan frío y tan amargo como la propia madrugada.

El deán Diego de Muros, tras quedarse a solas con la chiquilla en el interior del templo, cerró por dentro el portón. Después salió por acceso lateral tras el que aguardaba, sumido en un silencio anhelante, Esteban de Junqueras.

—Tal y como acordamos. Ahora es toda tuya —le indicó entre dientes.

Sin mirar atrás, dejó el lugar. Aquello ya no era asunto suyo.

Esteban entró con sigilo, mirando desde atrás la figura de la chica reclinada ante el altar.

Sus ojos eran brasas encendidas entre las tinieblas de la iglesia silenciosa.

II

Una reata de mulas trepaba penosamente.

El camino empedrado se internaba, desde la costa, en los montes escarpados. Subía hacia la sierra que bordeaba la villa noble llamada Puebla del Deán. Al frente de la comitiva caminaban dos arrieros que sudaban y jadeaban. Llevaban tiempo ansiosos por llegar de una vez. Marchaban doblados por el esfuerzo. El sendero era tan pendiente que parecía por momentos que fuese a conducirlos hasta las mismas nubes.

Pero ese no era el motivo que les hacía anhelar el fin de aquella travesía. La auténtica causa era el peligro que intuían en aquel encargo clandestino. Menos mal, pensaba el padre, que tantos días después ya estaban llegando.

Tenían el destino a tiro de piedra.

Su meta no era otra que el pequeño convento de San Juan de la Misarela. Según les habían contado, un lugar aislado en el corazón de aquellos montes del Barbanza. Había que estar loco para ir a meterse allí de por vida, comentaron por lo bajo. Y eso era lo que parecía estar a punto de hacer el cliente que los había contratado para aquel traslado.

El cliente.

Llevaban semanas juntos y aún no sabían nada de él. Solo que era un fraile huraño de barba enorme, negra como el azabache.

Miraron atrás con disimulo. Tal y como llevaba haciendo durante todo el viaje, desde que habían huido de Toledo, venía caminando taciturno tras la recua de animales.

Las mulas resoplaban a causa de aquellos cofres que pesaban como el mismísimo diablo. Los arrieros, en la cabecera de la comitiva, seguían hablando por lo bajo.

—¿Vamos a descansar aquí o emprenderemos ya hoy el regreso, padre? —El más joven miraba alrededor con aire temeroso.

—No permaneceré en este lugar ni un minuto más que lo estrictamente necesario. —El maragato de piel curtida negó con la cabeza—. Siento como si estos montes me asfixiasen. Son tan abruptos estos desfiladeros que parece que no corriera el aire entre ellos.

—Y el fraile... ¿acaso va a quedarse aquí? ¿Creéis definitivamente que es esa la causa por la que nos encargó este traslado desde tan lejos?

Ya quedaban pocas dudas.

—Eso parece, hijo. —El hombre sacudió la cabeza—. Hay cosas que nunca entenderé, pero nosotros, a lo nuestro. Dejemos en paz los asuntos de esta gente.

Los arrieros no veían el momento de regresar a casa. Rabanal, en los altos pero suaves montes de León, les parecía ahora el paraíso. El monje les había ofrecido pagar el porte del viaje por adelantado, y a un coste muy superior al habitual. Por eso habían aceptado.

El padre había maldecido cien veces durante el trayecto aquella decisión. Una sensación de peligro permanente, un secretismo y una incomodidad que no tenían fin. Así fue aquel porte. Por eso estaban impacientes por entregar de una vez aquel peligroso cargamento.

«¿Peligroso, padre? Pues claro... ¿Por qué si no íbamos a arrastrarnos por caminos secundarios en plena noche?».

Solo pensaban en llegar, y poder así emprender el camino de regreso a su hogar.

—Se trata de un transporte sencillo, señores —había dicho el monje, con el ceño fruncido pero con convicción en la voz—. Veinte cofres que yo mismo acompañaré desde Toledo hasta un pequeño oratorio en la costa del antiguo reino de Galicia. Lo único que exijo es máxima discreción. Partiremos de madrugada, y caminaremos siempre de noche por caminos secundarios. Lo demás corre de mi cuenta.

Así había sido. Aceptaron, extrañados pero tranquilos. No sospechaban que aquel viaje misterioso a través de los senderos más sinuosos iba a someter sus nervios a semejante presión.

Enseguida comprendieron que aquel no era un porte normal. Que un peligro aterrador se cernía, por algún motivo que no alcanzaban a imaginar, sobre aquellos cofres cerrados con siete llaves. Pero ahora, por fin, estaban ya llegando. Acababan de dejar atrás la villa marinera de la Puebla, no podía faltar mucho.

En efecto, no tuvieron que esperar mucho para entrever su destino. En una revuelta de la senda vislumbraron entre las copas de los árboles, allá en lo alto, una edificación de piedra. Una construcción monástica encajada en un desfiladero por el que se despeñaba un riachuelo con estrépito. La corriente caía desde las alturas de cascada en cascada.

Un hombre que vestía hábito de franciscano esperaba de pie sobre una

piedra en la que había tres cruces labradas. Un poco más arriba, un puente de un arco salvaba el río justo antes del monasterio. Al verlos llegar, el monje emprendió la carrera cuesta abajo. Pasando junto a las mulas y sus conductores como si no los hubiera visto, corrió a recibir al fraile que cerraba la caravana.

—Fray Luis, ¡por fin! —Se veía claramente que no era capaz de contener la emoción.

—Vicario, al fin nos conocemos en persona. —El fraile barbudo, en cambio, no alteró el gesto serio que traía—. Veo que no exagerabais al describir la Misarela.

Muchas cartas habían volado en los últimos tiempos. El vicario Alonso de Noia había tratado de convencer su ilustre invitado de que su eremitorio era el lugar que estaba buscando. Aislado, alejado de la civilización y próximo al cielo. Un remanso de calma y espiritualidad en el que un puñado de monjes vivían retirados del mundanal ruido, dedicados a la vida contemplativa.

«Justo lo que vuestro tesoro necesita, fray Luis», insistió una y otra vez.

El monje miró alrededor y asintió. En efecto, aquel podía ser el lugar apropiado. Un cenobio humilde que tiempo atrás, cuando el camino era más transitado, había sido también hospital. Un pequeño conjunto de edificaciones apiñadas en varios niveles que trepaban montaña arriba, y una capilla antigua en un lateral del angosto recinto.

En definitiva, un lugar discreto y que disponía de una estancia luminosa y bien ventilada, esta era la principal exigencia del fraile toledano, en la que poder guardar el tesoro. El cargamento rescatado en plena noche tras un pavoroso incendio que había asolado buena parte de la aljama de la ciudad de las tres culturas.

Así fue como el vicario lo acabó de convencer.

—Consideraré una bendición nuestro aislamiento, que hasta hoy me pareció un castigo, si fue ese el motivo que os ha hecho honrarnos con vuestra presencia y la de vuestro... equipaje —exclamó un contenido Alonso mientras observaba los cofres con expectación.

—El motivo principal fue vuestro compromiso de discreción, vicario —respondió fray Luis con severidad—. Me juego la vida en esto y no me importa, pero proteger lo que traigo conmigo es asunto de vital importancia.

«Ni la vida de un hombre, ni la de ciento».

Alonso lo miró de frente durante unos segundos interminables. Después colocó una mano sobre su hombro. No podía dejar de sonreír con la emoción.

—Pero no nos quedemos aquí parados, amigos míos. Pasad a nuestra humilde casa y descansad de tan largo trayecto. Tenemos pan fresco, que hemos horneado ayer mismo al anochecer, y queso de nuestras ovejas, que pastan libres por estos montes ásperos pero feraces.

Un poco más tarde doce mulas ya sin carga y dos hombres, padre e hijo, emprendían el regreso.

Los arrieros tomaron de nuevo el sendero empedrado que descendía en vertical hacia la costa, satisfechos por haber acabado al fin el incómodo encargo que con tanto sigilo les había encomendado dos semanas antes un fraile con aspecto atormentado.

Al amparo de una madrugada convulsa en la lejana ciudad de Toledo.

III

Faltaba una hora para que saliera el sol.

Los soldados de Junqueras sacaron a Míngos a rastras. El muchacho apenas había podido dormir. La mirada torva del deán al obligarlo a salir de la iglesia se había quedado clavada en su pensamiento. Torturándolo, como un presagio fatal, durante toda la noche.

Baia, la muchachita de quince años que lo había enamorado entre redes rotas y lanchas varadas, se había quedado arrodillada ante el altar. Sola e indefensa, a expensas de aquel rufián que se sabía intocable. El deán, cargo preeminente de la iglesia compostelana.

«Te mataré si le has hecho algo», decían sus ojos.

Los guardias, sin embargo, desprendían insolencia. «Tranquilo, muchacho, o será peor».

Y es que toda la noble villa de la Puebla era propiedad de aquel hombre. Diego de Muros, deán de Compostela. El poderoso eclesiástico de la catedral del *señor Santiago*, cuya categoría lo colocaba tan solo un escalón por debajo de la dignidad del arzobispo.

Allí, a la orilla del mar de Arousa, poseía su castillo. No solía pasar por la Villa más que lo estrictamente imprescindible, pues su cargo en la capital ocupaba casi todo su tiempo, pero los tributos de los vasallos de aquel lugar eran en realidad los que hacían de él un hombre rico y poderoso.

A cambio, como era habitual, él no les devolvía más que una aplicación arbitraria e interesada de la ley. Una supuesta protección que no era más que una mano de hierro. Una justicia parcial, siempre al amparo de su pequeño ejército.

Todo un tirano de minifundio. Un reyezuelo soberbio en sus dominios ribereños.

Por ese motivo Míngos Cons, el mozo de diecinueve años que se había pasado toda la vida faenando en la barca de su padre, no había logrado pegar ojo en toda aquella noche entre rejas.

Porque el deán no era de fiar.

Al entrar en la iglesia el joven se tranquilizó momentáneamente. Baia seguía arrodillada en el mismo lugar en el que la había dejado unas horas antes. Tal vez Muros no había mentido, finalmente, y se había limitado a tenerla rezando

toda la noche. Quizás fuese cierto que solo quería que expiase la falta de la que los acusaban.

«Malditos sean aquellos que consideren que amar es pecado», se removió.

Sin embargo, al acercarse notó que algo iba mal. Baia estaba adormilada y tenía la mirada perdida. Parecía como que le hubiera pasado algo demasiado terrible. Que su entendimiento ni siquiera fuese capaz de asimilarlo. Tenía el pelo enredado y un labio roto, como si se hubiera llevado una bofetada o un puñetazo. Además, se podía percibir claramente que la joven llevaba horas sin dejar de llorar.

Mingos sintió cómo le hervía la sangre.

—¿Qué le habéis hecho, malnacidos? —vociferó, tratando de zafarse de los soldados que lo custodiaban desde atrás.

Los guardias, hallándose previamente en estado de alerta, lo sujetaron por los brazos para inmovilizarlo.

La fuerza del marinero era enorme. Debido a su súbita alteración tuvieron que intervenir dos soldados más. Se dio cuenta de que estaban prevenidos. Entre los cuatro lo redujeron contra el suelo y le colocaron unos grilletes que tenían preparados. Claro que sabían de antemano cuál iba a ser su reacción, se percató. Ya inmovilizado, y con las manos atadas a la espalda, lo transportaron en volandas hasta el altar y lo arrojaron al suelo, sin contemplaciones, al lado de Baia.

Tras unos movimientos frenéticos tratando en vano de liberarse y maldiciendo a aquellos cobardes, el joven se quedó quieto echando espuma por la boca.

Un fuego enfurecido relampagueaba en su mirada.

Los centinelas lo miraban con sorna. «Ruge cuanto quieras, marinerito. Esas cadenas serán tu traje nupcial».

Ella lo contempló entre suspiros, como ausente.

—Tranquilo, Domingos. —Sonó queda la voz del deán. El hombre apareció desde la sacristía ajustándose la casulla—. Esa no es forma de comportarse para un novio en el día de su casamiento.

Mingos lo fulminó con la mirada, pero guardó silencio. Mejor así. Que todo acabase cuanto antes.

Muros era un enemigo temible. Familias enteras habían sido perseguidas por haberse enfrentado a él, hasta verse incluso obligados a abandonar la Villa. Incluso algún vasallo había sido encarcelado, y se rumoreaba que lo habían

torturado y lo habían hecho desaparecer. Y todo por no haber mostrado la sumisión debida.

—Deberíais estar agradecidos por mi intercesión ante Dios Nuestro Señor. —Diego hizo un ademán de suficiencia—. Gracias a eso vais a conseguir de una vez lo que queríais. Convertiros marido y mujer.

El muchacho apenas podía respirar. La injusticia lo asfixiaba.

«Yo te maldigo, cínico. Ante este altar juro que vengaré esta infamia. Os cobraré cada golpe que le hayáis propinado a Baia, cobardes».

La ceremonia fue fugaz. El novio, atado de pies y manos, fue obligado a dar su consentimiento, y ella, aturdida, apenas fue capaz de asentir con un leve movimiento de cabeza ante la mirada amenazadora del sacerdote. Después, la pareja fue sacada a rastras de la iglesia sin contemplaciones.

Era la hora fría que precede al alba. Un amanecer aún incipiente despuntaba tímidamente sobre el horizonte ondulado.

Antes de retirarse de vuelta a su castillo, el deán pronunció una última sentencia desde el pórtico del templo.

—Yo os declaro marido y mujer hasta el fin de vuestros días.

Después dejó el atrio sin mirar atrás. Los dos jóvenes quedaron a merced de los hombres de Esteban de Junqueras.

El atrio de la iglesia de Santiago se asomaba a la orilla del mar. La marea estaba muy alta en ese momento, y al otro lado del muro de piedra unas olas suaves lamían la parte exterior del recinto. La suave marejada hacía cabecear perezosamente las lanchitas de los pescadores. Cuando los soldados subieron a Mingos al muro cubierto por la escarcha, aún inmovilizado por los grilletos y cargado de cadenas de hierro, Baia pareció volver en sí, alarmada.

Uno de los soldados le puso una llave en la mano. Ella miró aquel objeto sin comprender nada. Los otros, al unísono, como solo actúan los hombres que cumplen órdenes estrictas, propinaron un violento empujón al joven. Así lo hicieron caer en el agua del puerto, tan negra como el cielo que se cernía sobre sus cabezas.

Arrastrado por el peso de las cadenas y casi incapaz de moverse, Mingos se hundió con estrépito entre las barcas de colores.

Al momento se supo perdido.

Las aguas someras del puerto, si nada lo remediaba, iban a convertirse en su tumba.

IV

PALACIO EPISCOPAL. SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Tened buen día, Esteban. —El arzobispo ni se molestó en mostrarse afable. Tenía mucho que hacer como para perder el tiempo con aquel bravucón—. ¿Cómo van las cosas por las tierras del Caramiñal?

—Salí antes del amanecer, monseñor —respondió de manera servil el señor de Junqueras—. Pero... me temo que mis dominios están un poco revueltos últimamente.

El religioso clavó en él una mirada suspicaz. Así que era eso. Más malas noticias.

Esteban se había visto obligado a huir a galope al amparo de la oscuridad. Los vasallos de su señorío se habían levantado en armas.

—Por desgracia así son los tiempos que corren, mi fiel amigo.

El hidalgo se quedó sin saber qué decir. Temía la reacción de aquel hombre, el metropolitano de la ciudad santa de Santiago.

Nada menos que Alonso II de Fonseca, uno de los nobles principales del antiguo reino de Galicia. Su familia era una de las más poderosas de Castilla. Tanto como para que su tío, Alonso I, fuera también arzobispo. De hecho, Fonseca el Viejo ostentaba la jefatura en la sede de la mayor ciudad de todo el reino, Sevilla.

Una estirpe de la más alta cuna. De ahí los reparos de Junqueras, que trataba de no pisar las gruesas alfombras del palacio con sus botas embarradas.

Empero, entre la inestabilidad política que reinaba en Castilla y los desmanes que provocaba su ambición desmedida, el señor de Compostela vivía también momentos complicados.

—No sois el único que se enfrenta a la ingratitud de su pueblo, Esteban. Ayer mismo se presentaron a la puerta de mi palacio, en mi propia ciudad, unos soldados de la Hermandad con intención de prenderme. —Fonseca esbozó una sonrisa gélida que hizo estremecer a su visitante.

—¡Mi señor! —Pese a tener sus propios problemas, Junqueras simuló estar escandalizado—. ¡Cómo se atreven!

Fonseca apretó los dientes.

—Esos piojosos se creen que pueden hacer lo que se les antoje por el mero hecho de contar con el respaldo del rey. —El religioso desprendía una cólera fría que prometía venganza.

Sin embargo, lograrlo no iba a resultarle fácil. Para su desgracia, la precaria situación del monarca le hacía apoyar al pueblo llano. Era su manera de mantener a raya a los grandes señores de la tierra. De otro modo, no hubieran tardado en ir a por él.

Y es que Enrique IV de Castilla sobrevivía a duras penas, asfixiado por un reinado demasiado inestable. Una gran facción de nobles se había aliado para derrocarlo en favor de su joven hermanastro Alfonso. Alegaban que el soberano era impotente y que, por lo tanto, no iba a poder perpetuar la corona del reino a través de su descendencia. Por eso Enrique se había visto obligado a favorecer a las Hermandades. Cuerpos militares financiados por la burguesía y los ayuntamientos. La única defensa de los vasallos ante los continuos ataques a los que se veían sometidos por los señores feudales.

En realidad, este apoyo al pueblo ocultaba una estrategia de autoprotección. Lo único que se pretendía era blindar la figura del monarca. Si los grandes señores tenían que ocuparse de sus propios territorios, no podrían alzarse en armas contra él.

Y Fonseca era uno de esos nobles poderosos.

—De hecho —apenas se atrevió a decir Esteban ante el iracundo silencio de su señor—, me hallo aquí para solicitaros una pequeña milicia. Necesito hacer frente a esta desagradable situación, provocada por... un malentendido. Un asunto sin mayor importancia que ha sentado mal entre la gente del Caramiñal.

El arzobispo salió de su ensimismamiento y miró al caballero con gesto interrogante.

—¿Os referís a ese asunto por el que Muros se trasladó a la Puebla hace unos días? —Su mirada era descaradamente suspicaz.

Esteban bajó la cabeza. Estaba avergonzado por el hecho de que un capricho carnal hubiese sido el origen de aquella rebelión, pero también por tener que pedir ayuda de aquella manera tan indecorosa. Ni siquiera contestó, lo que Fonseca interpretó acertadamente como una afirmación.

—Buena jaca ha de ser esa *pescantina* para que os metáis en un lío tan peliagudo.

El metropolitano hizo un repaso rápido. Tenía que decidir si le interesaba ayudar a aquel patán con ínfulas o dejar que le diesen una lección.

Diego de Muros, el deán de la Puebla, le había comunicado unos días atrás que se disponía a desplazarse hasta su castillo de Arousa. Tenía que solucionar una historia engorrosa que tenía fuera de sí a su vasallo más opulento.

—Ese Esteban se comporta como un animal, Alonso —recordó que le había confesado Diego antes de partir—. Está obsesionado con esa chiquilla. Pero si no es más que una redera proveniente de una familia marinera del Caramiñal... Ahora resulta que se ha enterado de que ella anda en amoríos con un muchachote del lugar... Un mareante o algo así. Imagínate su reacción.

Fonseca había sido taxativo en su respuesta.

—Tenemos que tener contento al señor de Junqueras, Diego. Ya sé que no es más que un gañán, pero sus posesiones abarcan todo el Caramiñal. Y no sé cómo lo hace, pero su poderío en el campo de combate trasciende fronteras. Alguien así siempre es un aliado valioso. Recuerda que no nos sobran soldados. Ten por seguro que lo necesitaremos en caso de conflicto.

—Lo sé bien. —Muros, meneando la cabeza, recordó que el señorío de Junqueras rodeaba su villa casi completamente—. Pero entiéndeme, Alonso, este asunto presenta un cariz que no me gusta asumir. Bastantes líos tengo ya.

Fonseca no iba a dar su brazo a torcer.

—Pues vas a tener que buscar una solución satisfactoria para Esteban, Diego —concluyó finalmente el arzobispo—. Por mucho que te suponga tragarte un buen sapo. Mucho me temo que algún día vamos a necesitar su ayuda en combate.

Muros seguía dudando, pensativo. Cuando Fonseca habló de nuevo, se puso firme. El tono de aquella voz no dejaba lugar a vacilaciones.

—Y pudiera ser, amigo mío, que ese día no se halle demasiado lejano.

Toda una profecía, aunque de momento fuese justo al revés.

No podía intuir que unos días más tarde el propio Esteban de Junqueras iba a estar rogando auxilio ante él allí mismo, en el Palacio episcopal de Compostela. Suplicando que le prestasen unos soldados para arreglar algo que se le había ido de las manos.

Fonseca lo miró de nuevo. Esteban, sintiéndose atravesado, se revolvió incómodo. Aquellas malditas botas estaban manchando la alfombra del salón noble.

—En cuanto llegue el deán, él mismo os lo podrá explicar, monseñor —tartamudeó—. Esos dos jóvenes, vasallos de mis tierras, pecaron gravemente. Y lo único que nosotros hicimos fue obligarlos a contraer matrimonio de

acuerdo con la ley de Dios y... y la de los hombres.

Al ver que el prelado arqueaba las cejas con escepticismo, el señor de Junqueras se ruborizó. El ademán de asombro ante la realidad distorsionada que estaba relatando el caballero fue tan explícito que hizo que se le atragantaran las palabras.

—¿Cuál es esa ley de los hombres a la que os referís, Esteban?

—Es... es mi derecho, monseñor —se defendió el hidalgo, con voz entrecortada.

Fonseca endureció la mirada. El caballero se refería al derecho de pernada. Una ley que permitía a los señores pasar la noche con cualquier muchacha casadera justo antes de que se celebrase su boda. Aun así, no le cuadraba que eso fuera todo. No como para justificar un alzamiento de aquella magnitud.

—¿Y solo por eso se han alzado en rebeldía las gentes del Caramiñal? —preguntó, de nuevo sin molestarse ni un ápice en disimular su escepticismo—. ¿Seguro que no hay más motivos?

Esteban estaba cada vez más consternado. La perspicacia del gran señor lo estaba poniendo contra las cuerdas.

—Ojalá solo fueran mis vasallos, mi señor, pero lo cierto es que se han alzado los de todas las tierras ubicadas a este lado del mar de Arousa.

El arzobispo lo atravesó otra vez con la mirada. Esperó con impaciencia a que su visitante le acabara de explicar qué rayos había sucedido

Junqueras se retorció los dedos. Clavó la vista en el suelo. Aquel maldito barro lo estaba desquiciando.

—Tal vez eso no sea todo, monseñor.

V

En cuanto Míngos se hundió, Baia volvió en sí de golpe.

Los soldados corrieron de regreso al baluarte de Junqueras. No había mucho más de una milla desde allí. Todo había sido previsto. Desaparecerían en plena noche sin dejar ni rastro.

El mar se encargaría de aquellos dos rebeldes.

Se miraron satisfechos. Las órdenes encomendadas por el señor se habían ejecutado a pies juntillas.

La muchacha reaccionó al verlos marchar. Estaba sola, y Míngos acababa de sumergirse allí mismo, en el puerto. Al darse cuenta de que lo que tenía en la mano era la llave de los grilletes que aprisionaban al joven, su corazón se disparó. Aquello abría las cadenas que lo mantenían inmóvil bajo las aguas.

Sin pensárselo dos veces la muchacha saltó el muro de piedra. La iglesia estaba aún sumida en una oscuridad casi absoluta. Baia cayó de pie en el agua fría y negra. Se sorprendió al tocar el fondo con los pies en la caída, pero recordó que allí el mar con marea alta apenas tenía más calado que su propia altura.

La temperatura del mar en aquella noche gélida le cortó la respiración. «Si Míngos logra ponerse en pie, su cabeza quedará fuera del agua», pensó. Con todo, para asomar apenas la nariz sobre la superficie, ella necesitaba mantenerse en equilibrio sobre la punta de un pie.

A pesar de sus expectativas, la chiquilla cayó pronto en una cuenta aterradora. Lograr que el joven se incorporara iba a ser casi imposible. Las cadenas lo mantenían encogido sobre sí mismo, con las manos atadas a los pies. Además, el peso del hierro impedía que pudiera despegarse del fondo de lodazal.

Tras inspirar todo el aire que fue capaz, bajó al fondo llave en mano. No se veía nada, por lo que recorrió el cuerpo de Míngos mediante el tacto tratando de hallar el candado. Los movimientos convulsos de él, que se debatía en el fondo invadido por el pánico, dificultaban aún más la operación. Al cabo de unos segundos frenéticos, Baia encontró una de las cadenas y la siguió hasta dar con la cerradura.

Los espasmos del chico eran cada vez más agónicos. Se había quedado sin aire, y la asfixia lo llevaba a retorcerse con violencia. Baia trató de meter la llave

en el agujero que finalmente logró palpar en la oscuridad, pero la última convulsión de Míngos le hizo perder el agarre.

La llave desapareció entre el lodo.

Desesperada, la chiquilla se impulsó con los pies en el fondo y subió a coger aire. Sin saber qué hacer, miró ansiosamente alrededor. El puerto estaba en calma. El amanecer apenas iluminaba el cielo en lontananza, sobre la otra orilla de la ría, y las casas de la Puebla permanecían silenciosas en la oscuridad. Pensó en gritar pidiendo auxilio, pero no había tiempo para que algún vecino se levantase de la cama y llegara a tiempo de salvar a Míngos.

Se sumergió de nuevo.

Él ya se había quedado quieto bajo el agua. Angustiada, trató de elevarlo a la superficie. A pesar del enorme peso de las cadenas logró cargarlo en brazos dentro del agua, pero pronto descubrió que solo lo podía levantar hasta una altura determinada.

La penosa situación la obligó a decantarse entre susto o muerte.

Literalmente.

La disyuntiva era desesperante. O mantenía la cabeza de él fuera del agua o salía ella a coger aire en un equilibrio precario sobre las puntas de los pies.

Era imposible que los dos pudieran respirar al mismo tiempo.

El sol asomó tras los montes lejanos, y los reflejos sobre el agua se tornaron rosados. Baía Cameán, la redera de quince años que acababa de pasar la noche más dura de toda su corta vida, sacó fuerzas de donde no tenía.

Sin embargo, los brazos le flojeaban. Apenas podía con el esfuerzo de mantener la cabeza de su enamorado sobre la superficie mientras ella permanecía sumergida, saliendo a respirar solo cuando sentía que se ahogaba.

Se mantuvo así durante un tiempo que le pareció una eternidad. No podía buscar ayuda. Eso significaría dejar que Míngos se fuese al fondo de nuevo, ya sin fuerzas para alzarlo otra vez.

Empezó a contar sus propias respiraciones.

Cuando llevaba treinta se percató de que no iba a poder aguantar más. Estaba mareada, temblaba sin control y las piernas ya apenas le respondían.

Finalmente, con la moral abatida, se rindió. Tras un último vistazo sobre la superficie, en la que pudo vislumbrar el fulgor del sol naciente sobre el horizonte, se desvaneció.

Finalmente, la tragedia se impuso tras la madrugada lóbrega.

Bajo el fulgor incipiente del cielo púrpura todo se hizo oscuridad.

El peso del muchacho encadenado arrastró consigo a la pequeña Baia al fondo del mar.

Ya no habría amanecer.